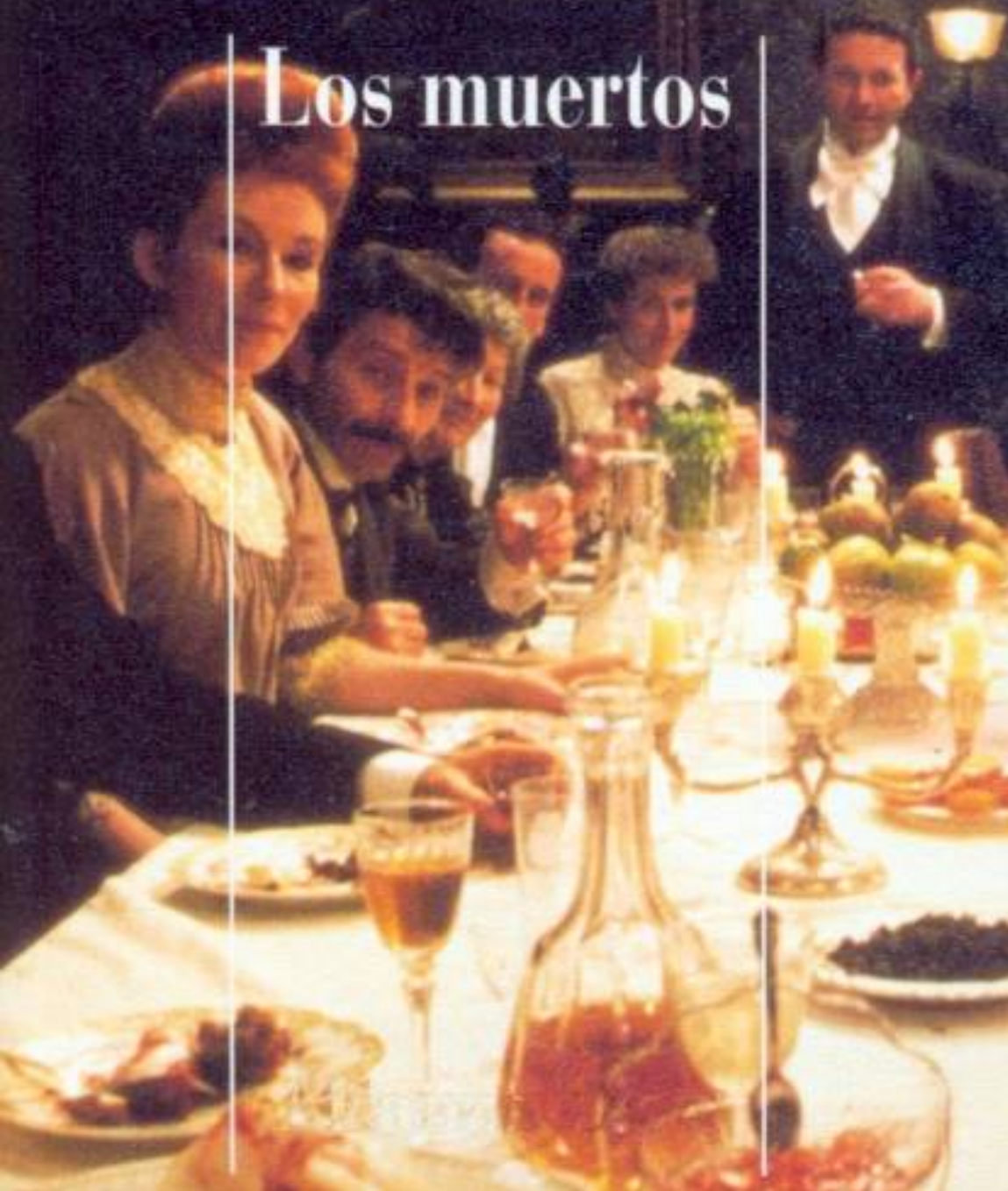

JOYCE

Los muertos



Uno de los máximos exponentes del impulso renovador de la prosa que se dio a principios de siglo y que dejó una impronta indeleble en la literatura posterior es James Joyce (1882-1941), autor de la novela *Ulises*, uno de los hitos literarios del siglo XX. Incluido en *Dublineses* —colección de quince relatos centrados en su ciudad natal, Dublín, que tiene como objetivo «denunciar el alma de esa hemiplejía o parálisis que algunos llaman ciudad»—, «Los muertos» constituye una pequeña obra maestra de la narrativa contemporánea.

La pobre Lily, la hija del vigilante, tenía los pies literalmente deshechos. Apenas había hecho pasar a un caballero al cuartito ropero de detrás de la oficina de la planta baja, y le había ayudado a quitarse el abrigo, cuando se volvía a oír el sonido estridente del timbre de la puerta principal y tenía que volver a cruzar corriendo el vestíbulo para abrirle la puerta a otro invitado. Y menos mal que no tenía que ocuparse de las señoras. Porque la señorita Kate y la señorita Julia, pensando en ello, habían convertido el cuarto de baño de arriba en un tocador para las invitadas. Allí estaban las dos, la señorita Kate y la señorita Julia, chismorreando y riendo, atareadas y pisándose los talones la una a la otra para situarse estratégicamente en el descansillo de la escalera, asomarse por encima del pasamanos y preguntarle desde allí a Lily quién acababa de entrar.

La velada anual de las señoritas Morkan era invariablemente un gran acontecimiento. Acudían a él todos sus conocidos, parientes y viejos amigos de la familia, miembros del coro de Julia, cualquiera de las alumnas de Kate que tuviera ya edad para asistir a esas veladas y hasta algunas de las alumnas de Mary Jane. Nunca había salido mal. Todos los que habían asistido a ella, año tras año, la recordaban como se recuerda un acontecimiento de indiscutible elegancia y esplendor desde que Kate y Julia habían dejado la casa de Stoney Batter, después de la muerte de su hermano Pat, y se habían llevado a vivir con ellas a su única sobrina, Mary Jane. Habían alquilado el piso de arriba de una casa oscura y de aspecto severo en la Isla de Usher a un tal señor Fulham, el tratante de grano que tenía su negocio en

el piso bajo. Hacía de eso más de treinta años. Mary Jane, que en aquel entonces era sólo una niña, todavía vestida de corto, era ahora el principal sostén de la familia, porque se ganaba la vida tocando el órgano en la iglesia de la calle Haddington. Había cursado estudios en la Academia de Música y organizaba todos los años un concierto que estaba a cargo de los propios alumnos y que se celebraba en el salón de arriba de las Antiguas Salas de Concierto. Muchas de sus alumnas pertenecían a familias de la clase alta de los barrios de la ruta de Kingstown y Dalkey. A pesar de que ya no eran jóvenes, sus tías ponían también su granito de arena en pro del mantenimiento del hogar. Julia, aunque ya muy canosa, era aún la soprano principal en la iglesia de Adán y Eva, y Kate, demasiado endeble para ir correteando de un lado a otro, daba clases particulares de música a principiantes, utilizando para ello el viejo piano vertical que tenían en la habitación de detrás. Lily, la hija del vigilante, les hacía la limpieza y otros menesteres. Aunque vivían modestamente, comían y bebían bien. Sus alimentos eran de primera calidad: solomillo de la mejor clase, té de a tres chelines y la mejor cerveza negra embotellada. Lily les traía lo que le encargaban sin cometer nunca una equivocación, así que se llevaba muy bien con sus tres señoritas. Es verdad que eran exigentes, pero nada más. Lo único que no toleraban era que se les contestara mal.

Claro está que aquella noche tenían sobrada razón para estar inquietas. Eran ya más de las diez y Gabriel y su mujer no habían dado aún señales de vida. Además tenían miedo de que Freddy se presentara borracho y no querían por nada del mundo que ninguna de las alumnas de Mary Jane lo viera en ese estado. Era muy difícil hacer carrera de él cuando estaba así. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero no comprendían qué les había podido pasar a Gabriel y a su mujer. Y ésa era la razón por la que se asomaban por el pasamanos de la escalera: para preguntarle a Lily si Gabriel o Freddy habían llegado.

—¡Oh, señor Conroy! —le dijo Lily a Gabriel al abrirle la puerta—. La señorita Kate y la señorita Julia estaban ya impacientes esperando su llegada. Buenas noches, señora Conroy.

—Seguro que lo estaban —respondió Gabriel—. Pero se olvidan de que mi mujer necesita tres horas largas para arreglarse.

Se quedó de pie sobre el felpudo de la entrada, quitándose la nieve de los chanclos, mientras Lily acompañaba a su mujer al pie de la escalera y exclamaba, mirando hacia arriba:

—Señorita Kate, aquí está la señora Conroy.

Kate y Julia bajaron tambaleándose, pero a toda velocidad, por las escaleras. Ambas le dieron un beso a la mujer de Gabriel, afirmaron que debía de estar helada de frío y le preguntaron si Gabriel había venido con ella.

—Aquí me tienes, sano y salvo, tía Kate —dijo Gabriel desde la penumbra del vestíbulo.

Continuó restregándose los pies para quitarse de ellos los restos de la nieve, mientras las tres mujeres subían las escaleras entre risas, en dirección al tocador que se había acondicionado para las damas. Una delgada capa de nieve estaba posada como una esclavina sobre los hombros del abrigo de Gabriel y le cubría las extremidades de los chanclos como la puntera de un zapato. Al desabrocharse el abrigo, los botones rechinaron al rozar con la nieve endurecida que ribeteaba los ojales, y el aroma fragante del aire fresco de la calle se escapó por los pliegues y aberturas.

—¿Está nevando otra vez, señor Conroy? —preguntó Lily.

Había guiado sus pasos al cuarto ropero para ayudarle a quitarse el abrigo. Gabriel no pudo reprimir una sonrisa al notar cómo pronunciaba su apellido, atribuyéndole tres sílabas, y la miró de soslayo. Era una muchacha delgada aún adolescente, de tez pálida y cabello rubio pajizo. La luz de gas que alumbraba el ropero acentuaba la palidez de su

rostro. Gabriel la conocía desde niña, cuando solía verla sentada en el escalón más bajo, sosteniendo en su regazo una muñeca de trapo.

—Sí, Lily —replicó—. Y tengo la impresión de que no va a dejar de hacerlo en toda la noche.

Alzó los ojos hacia el techo del cuartito al oír cómo éste retumbaba con los taconazos y el deslizarse de los pies en el piso de arriba, y miró después a la muchacha, que estaba doblando cuidadosamente su abrigo para colocarlo en el extremo de uno de los estantes.

—Dime una cosa, Lily —comenzó a decirle en tono afectuoso—: ¿sigues yendo a la escuela?

—¡Oh, no señor! —contestó Lily—. He dejado de ir este año y ya para siempre.

—Entonces —continuó Gabriel con tono jovial—, supongo que un día de estos asistiremos a tu enlace matrimonial con el hombre de tus sueños ¿no es así?

La muchacha le miró, ladeando ligeramente la cabeza por encima del hombro y dijo con profunda amargura:

—A los hombres de ahora lo único que les interesa es darle palique a las chicas y sacar de ellas todo lo que puedan.

Gabriel se sonrojó pensando que había metido la pata y, sin mirarla, se quitó los chanclos y empezó a frotar vigorosamente con su bufanda sus zapatos de charol negro.

Era un hombre joven, corpulento y bastante alto. El color arrebatado de sus mejillas ascendía hasta la frente, donde se dispersaba formando unas manchas de color rojo más pálido y de contornos imprecisos; en su rostro sin vello relucían incesantemente los brillantes cristales y la montura dorada de sus gafas, que protegían unos ojos delicados e inquietos. Peinaba su cabello, negro y brillante, con raya en medio y se lo cepillaba formando una larga curva por detrás de las orejas, donde se rizaba levemente por debajo de la señal que le dejaba el borde del sombrero.

Cuando le hubo sacado suficiente brillo a los zapatos, se incorporó y se arregló el chaleco, estirándoselo por encima de su cuerpo rollizo. Entonces se sacó del bolsillo una moneda.

—¡Oh, Lily! —dijo, poniéndosela en las manos—, es Navidad ¿verdad? Aquí tienes... bueno, simplemente un pequeño obsequio...

Se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—¡Oh, no señor! —exclamó la muchacha, caminando velozmente detrás de él—. No quisiera aceptarlo.

—¡Navidad, Navidad! —insistió Gabriel, dirigiéndose a toda prisa hacia las escaleras y haciendo un gesto con la mano como si se excusara, pero aludiendo al mismo tiempo a la insignificancia de su ofrenda.

La muchacha, viendo que había llegado ya a las escaleras, exclamó:

—Bueno, pues muchas gracias, señor.

Gabriel esperó en la puerta del salón a que terminara el vals, escuchando el frufrú de las faldas y el rítmico deslizarse de los pies sobre el entarimado del suelo. Estaba aún desconcertado por la reacción súbita y amarga de la muchacha. Le había entristecido. Trató de disipar esta momentánea sensación de pesar ajustándose los puños de la camisa y el lazo de la corbata. Sacó entonces del bolsillo del chaleco un pedazo de papel y le echó una ojeada más a los puntos principales que había considerado dignos de mención para su discurso. Estaba indeciso acerca de los versos de Robert Browning porque temía que no estuvieran a la altura de sus oyentes. Tal vez una cita de Shakespeare o de las *Melodías* de Thomas Moore sería mejor. La forma descortés en que los hombres hacían ruido con los tacones de sus zapatos y arrastraban las suelas por el entarimado le hacía pensar una vez más que tenían un nivel de cultura diferente. Haría el ridículo recitando una poesía que ellos no pudieran apreciar. Y además creerían que estaba tratando de presumir de una formación intelectual superior. Fracasa-

ría con ellos como había fracasado con Lily en el cuartito ropero. Había adoptado un tono equivocado. Todo su discurso era una equivocación desde el principio hasta el fin, un auténtico fracaso.

En ese preciso momento sus tías y su mujer salían del tocador de las damas. Sus tías eran dos mujeres de edad avanzada, vestidas con mucha sencillez. La tía Julia era algo más alta. Su cabello, que llevaba recogido por encima de las orejas, era gris, y gris era también, con sombras de tono más oscuro, su ancho y flácido rostro. Aunque era de constitución robusta y se mantenía erguida, sus ojos lánguidos y sus labios entreabiertos le daban la apariencia de una mujer que no sabía dónde estaba ni adónde iba. La tía Kate era más vivaz. Su cara, más saludable que la de su hermana, estaba llena de arrugas y bultos, como una manzana roja que se está empezando a pudrir, y su cabello, sujeto de la misma manera anticuada que el de su hermana, no había perdido aún su color de nuez madura.

Ambas besaron a Gabriel afectuosamente. Era su sobrino favorito, el hijo de Ellen, su hermana mayor, ya difunta, que se había casado con T. J. Conroy de los Muelles y Puertos.

—Gabriel, me dice Gretta que no vais a regresar esta noche a Monkstown —dijo la tía Kate.

—No —respondió Gabriel, mirando a su mujer—, ya tuvimos bastante con lo del año pasado, ¿no crees? ¿No te acuerdas, tía Kate, del resfriado que cogió Gretta? Las portezuelas del coche de caballos traquetearon durante todo el camino y sopló un endemoniado viento del este desde que pasamos Merrion. Una delicia. Gretta cogió un catarro terrible.

La tía Kate arrugó severamente el ceño e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Tienes razón, Gabriel, tienes toda la razón —le dijo—. Hay que extremar los cuidados.

—Eso sí —dijo Gabriel—, pero Gretta se habría echado a andar a través de la nieve si se lo hubiéramos permitido.

La señora Conroy se rió.

—No le hagas caso, tía Kate —dijo—. Es increíblemente precavido, le hace ponerse a Tom viseras verdes para proteger los ojos cuando lee de noche y le obliga a que haga gimnasia de pesas. Y a la pobre Eva la obliga a comer potaje. ¡La pobrecita! ¡Con lo que lo odia!... ¿A que no sabes lo que me hace llevar ahora a mí?

Soltó una carcajada y miró de reojo a su marido. Los ojos de éste la habían estado contemplando con una expresión de admiración, yendo desde el traje al rostro y el cabello. Las dos tías rieron también de buena gana, porque la solicitud de Gabriel era objeto de afectuosa broma entre ellas.

—¡Chanclos! —dijo la señora Conroy—. El último grito. Cuando el suelo está húmedo, tengo que ponerme los chanclos. Hasta quería que me los pusiera hoy, pero yo me negué. Lo siguiente que me va a comprar es un traje para bucear.

Gabriel se rió tímidamente y se tocó la corbata para tranquilizarse mientras que la tía Kate se moría de risa, tanta gracia le había hecho la ocurrencia. Del rostro de la tía Julia desapareció pronto la sonrisa y sus ojos dirigieron una mirada de incertidumbre a la cara de su sobrino. Tras una breve pausa, pregunto.

—Y dime, Gabriel, ¿qué son unos chanclos?

—¡Chanclos, Julia! —exclamó su hermana—. ¿Será posible que no sepas lo que son unos chanclos? Se ponen encima de... encima de las botas, ¿verdad, Gretta?

—Sí —confirmó la señora Conroy—. Están hechos de gutapercha. Los dos tenemos ahora un par cada uno. Gabriel dice que todo el mundo los lleva en la Europa continental.

—¡Ah, sí, en el continente! —murmuró la tía Julia, asintiendo con un lento movimiento de cabeza.

Gabriel frunció el ceño y añadió, como si estuviera ligeramente enojado:

—No es que sean ninguna maravilla, pero Gretta cree que tienen mucha gracia porque la palabra le recuerda a los *Minstrels* de Christy.

—Pero dime ahora, Gabriel —interrumpió la tía Kate, cambiando discretamente la conversación—, creo que te has ocupado de la cuestión de la habitación, Gretta me estaba diciendo...

—Sí, sí, la cuestión de la habitación está ya resuelta —replicó Gabriel—. He reservado una en el hotel Gresham.

—Sin duda alguna es lo mejor que has podido hacer. Y los niños, Gretta, ¿no estás preocupada por ellos?

—No, tratándose sólo de una noche. Además, Bessie cuidará de ellos.

—Por supuesto —reiteró la tía Kate—. ¡Qué tranquilidad tener una muchacha como Bessie, en la cual puedes confiar! Porque ahí tienes a Lily, no me explico qué le ha podido ocurrir recientemente, pero ya no es la misma de antes.

Gabriel estaba a punto de hacerle alguna pregunta sobre esto, pero Kate dejó repentinamente de hablar para mirar a su hermana, que había descendido las escaleras y estaba estirando el cuello sobre el pasamanos.

—¿Se puede saber ahora —exclamó, casi enojada— adónde se ha ido Julia? ¡Julia, Julia! ¿Adónde vas?

Julia, que había descendido ya un tramo de escaleras, volvió y anunció suavemente.

—Freddy ha llegado.

En ese mismo momento, un aplauso y un floreo final del pianista anunciaron que había terminado el vals. Se abrió desde dentro la puerta del salón y salieron algunas parejas. La tía Kate se llevó a Gabriel a un lado y le susurró en el oído:

—Gabriel, sé buen chico y vete a ver si está como Dios manda. Y no le dejes subir si está borracho. Estoy segura de que lo está, completamente segura.

Gabriel se dirigió al rellano de la escalera y escuchó, oculto por la barandilla. Podía oír las voces de dos personas en el cuarto de servicio. Y reconoció enseguida la risa de Freddy Malins. Bajó entonces las escaleras haciendo mucho ruido.

—Es un alivio tener aquí a Gabriel —le dijo la tía Kate a la señora Conroy—. Yo estoy siempre mucho más tranquila cuando está él aquí... Julia, aquí están la señorita Daly y la señorita Power, a las que les gustaría tomar un refresco. Muchas gracias por su bellissimo vals, señorita Daly. Una armonía y un ritmo incomparables.

Un hombre alto, de rostro apergaminado, con un bigote gris muy tieso y un cutis atezado, que pasó por donde ellas estaban con su compañera de baile, dijo:

—¿Podemos nosotros tomar también un refresco, señorita Morkan?

—Julia —dijo la tía Kate brevemente—, aquí tienes al señor Browne y a la señorita Furlong. Haz el favor de llevarlos con la señorita Daly y la señorita Power.

—Yo soy el hombre encargado de las damas —dijo el señor Browne, frunciendo los labios hasta que se le erizó el bigote, y exhibiendo una sonrisa que acentuaba todas sus arrugas—. La razón, señorita Morkan, por la que las damas me aprecian tanto es...

No terminó la frase, pero al ver que la tía Kate se había alejado y no podía oírle, condujo a las tres jóvenes a la habitación de detrás. En el centro de la habitación había dos mesas cuadradas juntas y sobre estas mesas la tía Julia y el guarda estaban colocando y alisando un gran mantel. En el aparador había fuentes, platos y vasos, y cuchillos, tenedores y cucharas agrupados en haces. La parte superior del piano vertical, que estaba cerrado, hacía también las veces de aparador para las viandas y los postres. Junto a un mueble más pequeño, colocado en un rincón, dos hombres jóvenes estaban bebiendo cerveza amarga.

El señor Browne llevó allí a las jóvenes cuya protección se había arrogado y las invitó a todas ellas, en broma, a beber un ponche especial para las damas, caliente, fuerte y dulce. Al contestarle que no tenían costumbre de beber nada fuerte, abrió para ellas tres botellas de limonada. Entonces le pidió a uno de los jóvenes que se apartara y, cogiendo la licorera de cristal tallado, se sirvió una buena ración de whisky. Los jóvenes le observaron respetuosamente mientras él tomaba un sorbo para comprobar su calidad.

—Que Dios nos ayude —dijo sonriéndose—, pero esto sabe a la medicina que me receta el médico.

Su rostro atezado se iluminó con una franca sonrisa y las tres muchachas rompieron a reír, todas a una. Con la risa, sus cuerpos se mecían de un lado a otro y los hombros se les movían espasmódicamente. La más atrevida de ellas dijo:

—Vamos, vamos, señor Browne, estoy segura de que el médico no le recetó nunca una cosa así.

El señor Browne tomó otro sorbito de whisky y dijo, como imitando cautelosamente a alguien:

—Es que sepan ustedes que yo soy como la famosa señora Cassidy, de la que se cuenta que dijo: «Vamos, Mary Grimes, si yo no lo tomo, házmelo tomar, porque sé que lo necesito».

Su rostro acalorado se había inclinado un poquito demasiado confidencialmente y había adoptado un acento de la clase baja de Dublín, de manera que las jóvenes, siguiendo las tres un mismo instinto, escucharon sus palabras en silencio. La señorita Furlong, que era una de las discípulas de Mary Jane, le preguntó a la señorita Daly cuál era el nombre del bonito vals que acababa de tocar; el señor Browne, al ver que no se le hacía caso, se dirigió sin perder tiempo a los dos muchachos jóvenes, que apreciaban más su compañía.

Una mujer joven, de rostro encendido, vestida de color violeta, entró en la habitación, batiendo palmas en un esta-

do de gran excitación y gritando:

—¡Cuadrillas! ¡Cuadrillas!

Inmediatamente después llegó la señorita Kate, gritando:

—¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!

—Aquí están el señor Bergin y el señor Kerrigan —dijo Mary Jane—. Señor Kerrigan, ¿le importaría a usted tomar a la señorita Power como pareja? Señorita Furlong, ¿puedo ofrecerle a usted un compañero, el señor Bergin? Con eso basta de momento.

—Tres damas, Mary Jane —dijo la tía Kate.

Los dos jóvenes preguntaron a las damas si les concederían el honor de ser sus parejas, y Mary Jane se volvió a la señorita Daly.

—Oh, señorita Daly, ha sido un ángel. Le agradecemos que nos haya tocado el piano en los dos últimos bailes. Pero estamos tan escasos de damas esta noche...

—No se preocupe usted en absoluto, señorita Morkan.

—Pero tengo una encantadora pareja para usted, el señor Bartell D'Arcy, el tenor. Le diré que cante después. Todo Dublín se hace lenguas de él.

—¡Una voz bellísima, una voz bellísima! —corroboró la tía Kate.

Mientras el piano empezaba por segunda vez el prelude para el segundo movimiento de la danza, Mary Jane sacó rápidamente de la habitación a los que había reclutado para el baile. No había hecho más que salir de allí cuando la tía Julia entró lentamente, mirando hacia atrás.

—¿Qué pasa, Julia? —preguntó la tía Kate con inquietud—. ¿Qué sucede?

Julia, que llevaba en los brazos un montón de servilletas, se volvió a su hermana y le dijo, simplemente, como si la pregunta la hubiera sorprendido:

—No es más que Freddy, Kate. Gabriel está con él.

En efecto, inmediatamente detrás de ella se podía ver a Gabriel guiando a Freddy por el pasillo. Este último, un

hombre joven de unos cuarenta años, tenía la misma estatura y constitución que Gabriel, sólo que con unos hombros muy redondos. Su rostro era carnoso y pálido, con sólo unos toques de color en los espesos lóbulos de las orejas, que le colgaban hacia abajo, y en las anchas aletas de la nariz. Tenía los rasgos muy toscos, la nariz roma, la frente abultada y alta, los labios hinchados y salientes. Sus ojos, de párpados pesados, y su cabello escaso y desordenado le daban un aspecto soñoliento. Se estaba riendo estentóreamente de una historia que él mismo le había estado contando a Gabriel en las escaleras, y al mismo tiempo se estaba frotando los nudillos de su puño izquierdo hacia adelante y hacia atrás contra su ojo izquierdo.

—Buenas noches, Freddy —dijo la tía Julia.

Freddy Malins les deseó buenas noches a las señoritas Morkan de una manera que podría haber parecido casual, debido a su forma entrecortada de hablar, y a continuación, viendo que el señor Browne le estaba haciendo señas desde el aparador, cruzó la habitación con pasos inseguros y empezó a repetir en voz baja la historia que le acababa de contar a Gabriel.

—No está mal, ¿verdad? —le preguntó la tía Kate a Gabriel.

Las cejas de Gabriel eran oscuras, pero las elevó rápidamente y contestó:

—¡Oh, no, apenas se le nota!

—Es una vergüenza que se tenga que comportar así —continuó la tía Kate—. Y su pobre madre, que el día de Nochevieja le hizo prometer que no volvería a beber. Pero vamos, Gabriel, entra en el salón.

Antes de salir de la habitación con Gabriel le hizo una seña al señor Browne frunciendo el entrecejo y sacudiendo el dedo índice a modo de advertencia. El señor Browne bajó la cabeza en señal de asentimiento y, cuando vio que ella se había ido, le dijo a Freddy Malins:

—Vamos, Teddy, te voy a llenar ahora hasta los bordes un buen vaso de limonada para que te animes.

Freddy Malins, que estaba a punto de llegar al momento culminante de su historia, desdeñó el ofrecimiento con imprudencia, pero el señor Browne, que había llamado anteriormente la atención a Freddy Malins en relación con cierto desorden en su indumentaria, le llenó un vaso de limonada y se lo ofreció. La mano izquierda de Freddy Malins aceptó el vaso mecánicamente, mientras que la derecha se dedicaba a arreglar, también mecánicamente, el desorden de su ropa. El señor Browne, cuyo rostro resplandecía de gozo una vez más, se sirvió a sí mismo un vaso de whisky, mientras que Freddy Malins, antes de llegar al momento culminante de su historia, estallaba en un ataque de estridente risa bronquial y, depositando sobre la mesa el vaso lleno hasta los bordes que ni siquiera había probado, empezaba a frotarse los nudillos del puño izquierdo contra el ojo izquierdo, repitiendo una y otra vez las palabras de su última frase con toda la claridad que su ataque de risa le permitía.

.....

Gabriel era incapaz de escuchar a Mary Jane cuando ésta tocaba su pieza académica, llena de fermatas y pasajes difíciles, para un auditorio silencioso sentado en el salón. Le gustaba la música, pero la composición que ahora estaba tocando no tenía melodía para él y dudaba que la tuviera para los demás, aunque hubieran rogado a Mary Jane que tocara algo. Cuatro hombres jóvenes que habían venido del cuarto donde estaban las bebidas y se habían detenido junto a la puerta al oír los acordes del piano se habían vuelto a marchar de dos en dos y sin hacer ruido unos minutos después. Las únicas personas que parecían estar interesadas en la música eran la propia Mary Jane, cuyas manos se deslizaban velozmente por el teclado o se levantaban de